

mis relaciones con la religión

en una revista el artículo de González Vera sobre sus relaciones con la religión. Como todo lo suyo, me parecía fino, frío, inteligente, agudo y traspasado por esa especie de ironía atmosférica, omnipresente, que está en todas partes y no podría señalarse en ninguna característica de su prosa. Y que la hace, para mí, tan atrayente. Mejor dicho, deleitosa.

He pensado escribir sobre el mismo tema.

Sin embargo, tanto me interesa el asunto y de tal modo lo considero capital en la vida interior del individuo que si tuviera tiempo-salud y entusiasmo, es decir, uno veinte o treinta años menos, probablemente iría a casa —y "a caza"— de los escritores chilenos, para averiguar qué relaciones han tenido ellos con nuestra santa religión, y hacerlo en seguida, en una especie de vasta encuesta de tipo filosófico o sociológico.

Formaría aquello un documento de primer orden para conocer de pueras adelante la literatura chilena.

¿Cuáles han sido las relaciones con la

religión de Gabriela Mistral, Pedro Prado, D'Halmat, Juanita Edwards, Mariana Torres, Pablo Neruda, Eduardo Barrios, Iris, Shady, María Brumet, Magdalena Petit?

Túme, para conocer al hombre, solicitaba tres datos, tres contestaciones: ¿Qué actitud observa ante la mujer? ¿Cómo se comporta en el capítulo dinero? ¿Qué piensa en materia de religión?

Con eso se bastaba.

Son los puntos neurálgicos. Entre todos, el de la religión me parece el más hondo, el más rico en resonancias mentales y sentimentales de tipo superior, con vistas a las altas categorías del pensamiento. Confieso que alguien negado a esa inquietud, a esa preocupación, capaz de considerarla baladí, podrá no ser un perfecto ladrillo, pero, a mi juicio, dista poco de un trozo de pavimento.

Es "opio del pueblo" ha engendrado los sueños más divinos de la humanidad, unos sueños sin los cuales el mundo sería como la ostra sin la perla; muy sano, pero falto de interés.

La literatura de los literatos no siempre revela su historia íntima. O la revela de un modo vago, expuesto a errores. Sería difícil, tal vez, imaginarse, aun leyendo todos los poemas en prosa, y en verso de Gabriela Mistral, sus artículos e incluso sus "recados", que un tiempo debió abandonar las prácticas "yogues", con su sistema respiratorio, porque la cabeza se le iba hacia el nirvana y se desvanecía en la enseñanza. El esoterismo oriental de la teosofía la atrajo y aun la captó, como a Iris, que nunca ha salido de su círculo mágico. Católica en la infancia, vuelta a la fe en años posteriores, no se la pronunciado, en realidad, explícitamente sobre sus creencias positivas. Un caso en algo parecido al de Prado. Aquí intervino una primera formación agnóstica, junto a un padre, respetadísimo, adorado con singular ternura, que dejó al hijo en libertad completa.

Insiblemente, el alma, la fantasía, la sensibilidad de Pedro Prado tendían hacia la contemplación y aun al éxtasis místico. Se le siente en el tono de la voz en cierta línea de sus poemas. Nada en él de pagano ni sensual o, mejor dicho, de voluptuoso en el sentido carnal; todo lo material lo conduce irresistiblemente hacia lo inmaterial, lo visible se le parece como una representación de lo invisible; el mundo no constituye a sus ojos un inmenso sinnúmero. Después de grave crisis, volvió a la fe o entró en ella, con prácticas, misas, confesión, comunión y todo. Pero sin dejar su acentuadísima independencia personal, amoldando un poco los dogmas a su particular materia y, lo temo, cayendo en varias herejías, por lo demás excusas de malicia. Influjo, en todo caso, como en el de Gabriela, del Oriente: la estrella de ambos brilla por allá. La de D'Halmat, en cambio, a primera vista, de ese mismo origen y envuelta en tantos misterios, con tantos prestigios de tantas iglesias, no procede, sin embargo, de esas regiones remotas, sino de mucho más cerca de Francia, y es la misma que alumbró la trayectoria del vulgar misterioso de los escritores del más burgués "terre a terre", popular, vulgar;

Emilio Zola. La extraña, inexplicable y desconcertante actitud de Augusto d'Halmat con el catolicismo o, con mayor exactitud su odio a la Iglesia Católica, creo que viene del influjo potentísimo ejercido por el autor de *Verdad* sobre el autor de *Juana Lucero* y toda su generación. Aunque la asociación de ideas resulte incongruente, no puedo olvidar la confidencia que le oi a don Juan Uribe Madrid, hace ya muchos años, cuando él era Regente de la *Imprenta Zig-Zag*, en Teatinos 666. El señor Uribe, según me dijo —y lo recuerdo bien, porque me impresionó mucho— era un muchacho sumamente religioso, discípulo espiritual de don Carlos Casanueva; pertenecía a todos sus patronatos, hacía obra de apostolado, se confesaba, comulgaba, iba a misa diariamente, hasta que leyó *Verdad* de Zola: desde ese día, no creyó más en nada, dejó de confesarse, de comulgar, de ir a misa, no asistió a ningún patronato y perdió de vista a don Carlos Casanueva. Ese viraje brusco me pareció una de las cosas más extraordinarias que los ojos escuchados hoy no lo halló indolente. Y se me figuró, a veces, que Augusto d'Halmat, tan sacerdotal en algunos aspectos, creador de ese libro *Pasión y muerte del cura Deusto*, donde hay una verdadera sabiduría, con sus fantasías de tipo religioso, católico, ornamental, hecha para el templo, los cánticos, el incenso y las ceremonias solennes de la Iglesia, si la odia es por una especie de reminiscencia amarga de sus lecturas del novocentismo entre ellas, la más cargada de anticlericalismo, la de Zola.

El anticlericalismo de Joaquín Edwards tiene otro sello, no muy distante: el de *Blaqueo* (*hobby*) y *Legs de Queros*. Es, también, cosa fuerte. Acaso más fuerte aún, más violenta, a la española Joaquín Edwards no carga tanto contra la creencia misma, ante la cual, si es sintiendo, se inclina, sin mucho detenimiento y de pasada, sino contra el fraile sucio, patilludo, seboso, mujeriego y negociante, que explota a las-beatas ricas y estruja a los pobres bastante cándidos. No recordamos que haya abordado alguna vez el problema metafísico; su temperamento no lo lleva por ahí. Mariano Latorre y Pablo Neruda permanecen igualmente ajenos a tal clase de preocupaciones. Dices que no perteneces a un país católico, que no han visto nunca la torre de una iglesia flotando un valle o como centro del caserío aldeano. En Neruda hay la agitación cósmica; la angustia casi perpetua un oleaje continuo, una maraca cantante que surge y le ha dado sus voces más hondas, pero todo ello ocurre en el mundo poético, en el orden de la fantasía emocional, sin conexión, sino muy lejano, con los sentimientos religiosos. El quinto y hasta ahora último de los Premios Nacionales, *Eduardo Barrios*, se identificó en año de sus libros con el alcano franciscano y tomó de héroe novelesco a su hermano menor. Como Gabriela Mistral, sintió también el llamado teosófico y anduvo seducido por los siete cerros y los siete planetas, provocando viajes en astral. Las teogonías derivadas del Oriente han sido la gran tentación de muchos intelectuales finos, sensibles, no bien lastrados en materia filosófica. Si mal no recordamos, al final de *Un perdido* quedan muchas huellas de esas meditaciones de Barrios.



Cuanto a las figuras femeninas que citamos, Iris y Shady han padecido análoga preocupación, inquietud en esta, temblor ante el escepticismo heredado de su padre, cultivado por lecturas contemporáneas; seriedad trascendental en Iris, imbuida hasta el fondo del alma en la certidumbre del más allá, católica y partidaria de la doctrina teosófica, pese a los célebres a quienes desafiaba, aunque se confiese con ellos y les reciba la comunión. Las otras, María Brumet, Magdalena Petit, tras una infancia y una primera juventud exaltadamente religiosas, borrarón lo que habían escrito y dejaron esa página absolutamente sin una imagen, ni un rastro, ni una sombra de la fe antigua, terminantemente.

El balance no es alentador para la idea religiosa.

Pero todo esto, que esbozamos así, por encima y de memoria, necesitaría ratificaciones y rectificaciones.

Si hemos hablado principalmente para indicar un camino y atraer a algún curioso capaz de recorrerlo. No costaría mucho. Y proveyería, de seguro, luces singulares sobre la educación intelectual de Chile, los influjos que la han dirigido y las grandes lagunas en que se detienen o naufragar espíritus, por otro lado, indiscutiblemente superiores.

También permitiría explicarse, en parte al menos, el descenso sensible de la religiosidad general, apenas detenido últimamente por una corriente juvenil que no ha dado aún todos sus frutos.

Nota: Habíendole hablado a González Vera, en la calle, al pasar, sobre el proyecto de este artículo, nos ofreció su folleto "Buscadores de Dios". Sería interesante una religión, para personas que dispongan de horas libres, que recibimos, después, con la siguiente tarjeta:

"Estimado amigo: Le acompaño el folleto. Si su trabajo es sobre religiones en las que han tenido algo que ver los chilenos, considere a Lacunza. Hay un estudio de Omer Emeth, en el cual habla de una religión que fundó una iglesia lacunzista en Inglaterra, que llegó a tener más de 50 mil creyentes. Está en la Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera. También habría que considerar a don Jorge Lagarrigue, que trajo el positivismo. De los escritores chilenos que conozco, los que no han sido católicos tremendos han sido indiferentes, salvo Gabriela, que es una cristiana o lo antigua. Sospecho que algún otro chileno es autor de alguna religión, pero no recuerdo por el momento su nombre. Dicen que la secta pentecostal, al menos como funciona, es creación enteramente chilena. Un país que crea una religión no está perdido del todo. No sé cómo están en los demás pueblos americanos en esto. Fuera de nosotros, los pueblos religiosos son los ingleses, los norteamericanos, los rusos y los hindúes. Afectuosamente, González Vera. Santiago, 22 de enero de 1947." D

Ovidio, febrero de 1947.



JOVEN M BUENADIAZ. Alguna fotografía por Ignacio Hochhausler.